

INVITACIÓN A APOCALIPSIS

El Imperio Romano, como la mayoría de los reinos del mundo antiguo, se distinguía a sí mismo como el deliberado gobernante divino sobre la tierra. Justificaba su control económico y político con bases espirituales. La religión del imperio incluía la adoración a los dioses romanos tradicionales y la veneración a los césares como seres divinos. Esta tendencia a adorar al emperador comenzó inicialmente con César Augusto, quien dirigió la transición de Roma de una república a un imperio. La inscripción siguiente de Asia Menor en el año noveno a. de C. muestra cómo el régimen de César se proclamó en términos políticos y religiosos:

La providencia que ha regulado toda nuestra vida, demostrando preocupación y celo, ha ordenado la consumación más perfecta para la vida humana al dársela a Augusto, al llenarlo con virtudes para realizar la obra de un benefactor entre los hombres, y enviando en él, como si lo fuera, un salvador para nosotros y para los que nos seguirán, para hacer que cese la guerra, para crear orden en todas partes; por eso el día natalicio del dios Augusto fue para el mundo el principio de las buenas noticias a él ligadas.

Para la época del emperador Domiciano (81-96 d. de C.), se estableció este evangelio de la *pax romana* [paz romana]. Las ciudades opulentas del occidente de Asia Menor competían entre sí por el favor y el patrocinio del emperador, proclamaban su divinidad y promovían el culto de adoración a él. Cualquier resistencia a este culto ponía en riesgo las esperanzas de la ciudad de obtener el favor imperial. Pero los creyentes en Jesús que vivían en estas ciudades reconocían a un Salvador diferente y adoraban únicamente al verdadero Dios.

Dios les envió un mensaje a estos creyentes por medio de un profeta judío cristiano de nombre Juan, quien lo hizo llegar a siete ciudades de la provincia romana de Asia Menor, en el que retaba y animaba a los seguidores de Jesús de cada lugar. En la isla de Patmos, Juan tuvo una visión en la que vio que el culto al emperador pronto se convertiría en muerte para los seguidores de Jesús. Era necesario advertir a los creyentes para que estuvieran en guardia contra cualquier cosa que comprometiera su fe, y a ser *fieles hasta la muerte* para recibir la *corona de la vida*.

Juan escribió la visión que había tenido y la envió como carta circular para que la leyeran en voz alta en las iglesias que estaban bajo su cuidado. Quería que la entendieran como palabra recibida directamente de Dios, por eso la describió como *profecía*. Juan comunicó la visión que recibió usando una forma literaria particular llamada *apocalipsis*, muy conocida en su época, aun cuando a nosotros no nos resulte familiar. Esta forma se acomodaba perfectamente a su tarea. En un apocalipsis, un visitante del cielo emplea símbolos vívidos para revelar los secretos del mundo desconocido y del futuro. Este visitante por lo general lleva al receptor de la visión en un viaje por el cielo y le hace una presentación de la historia que conduce a una crisis presente entre el bien y el mal. La visión les permite a los receptores entender las dimensiones espirituales de la situación en que se encuentran y a responder a la crisis

permaneciendo leales a Dios. (El libro mismo se llama Apocalipsis, que significa *revelación* o *descorrer el velo*).

El informe de la visión que Juan envió a las iglesias de Asia tiene cuatro partes principales. Cada una de ellas está determinada por la frase *vino sobre mí el Espíritu*.

: En la primera parte, Juan se encontraba en Patmos: *vino sobre mí el Espíritu* y recibe una visión en el día del Señor. En esta visión Jesús le da palabras de advertencia y ánimo para cada una de las siete iglesias (páginas 430-433).

: En la segunda parte, Juan narra cómo fue llevado *en el Espíritu* al cielo y vio a Jesús que era exaltado porque había redimido a la humanidad mediante su sacrificio. Juan vio también a Jesús cuando ejecutaba el juicio de Dios contra sus enemigos, mientras protegía a los que le pertenecían. Después, la primera venida del Mesías y la amenaza contra la comunidad cristiana primitiva se describen simbólicamente. Juan ve que Jesús saldrá victorioso al final, pero mientras tanto hay un llamado a la paciencia (páginas 433-446).

: Esta visión ampliada queda interrumpida en la tercera parte del libro. Juan es llevado *en el Espíritu* a un desierto, donde se le descubre la verdadera condición espiritual del Imperio Romano. A pesar de sus pretensiones de gloria, Roma no es otra cosa que borracha, avara, blasfema e inmoral, y va camino a la destrucción (páginas 446-450).

: La larga visión que comienza en la segunda parte del libro continúa entonces para llegar a la conclusión. Describe el triunfo del Mesías sobre todos sus enemigos (páginas 450-452).

: Luego, Juan es llevado *en el Espíritu* a una montaña grande y elevada y allí, en la cuarta parte del libro, ve a la nueva Jerusalén que bajaba del cielo. La ciudad es descrita como la morada del que verdaderamente rige sobre todas las cosas; es la realidad de la cual Roma es la parodia. La visión termina con la promesa de que los siervos fieles de Dios reinarán sobre la nueva creación (páginas 452-453).

Si bien los símbolos en el libro pudieran parecer extraños al principio, el significado de muchos de ellos se aclara cuando se ven a la luz de las circunstancias de Juan y de las imágenes que se encuentran en otras partes de la Biblia. El número doce, por ejemplo, que aparece repetidamente en la descripción de la nueva Jerusalén, representa al pueblo de Dios desde que se constituyó en las doce tribus de Israel y a los doce apóstoles de Jesús. Cuando Juan escribe que la mujer de la tercera parte del libro está sentada sobre siete colinas, está identificando a este personaje con Roma, la ciudad de las siete colinas. Con atención y reflexionando en el ambiente del siglo I del libro, los lectores modernos pueden interpretar muchos de sus símbolos.

El Apocalipsis se escribió para advertirles a los seguidores de Jesús que vivían en un lugar específico cómo debían responder al reto de ese momento particular. Aunque el libro también actúa como la conclusión adecuada a todo el drama de la Biblia. El mundo experimentará un nuevo comienzo: *El que estaba sentado en el trono dijo: «¡Yo hago nuevas todas las cosas!»* Pero hasta ese momento, todos los que reinarán con Jesús deben saber que serán victoriosos solo si siguen la senda de Jesús.

| APOCALIPSIS |

Ésta es la revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos lo que sin demora tiene que suceder. Jesucristo envió a su ángel para dar a conocer la revelación a su siervo Juan, quien por su parte da fe de la verdad, escribiendo todo lo que vio, a saber, la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca.

Yo, Juan,

escribo a las siete iglesias que están en la provincia de Asia:

Gracia y paz a ustedes de parte de aquel que es y que era y que ha de venir; y de parte de los siete espíritus que están delante de su trono; y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de la resurrección, el soberano de los reyes de la tierra.

Al que nos ama
y que por su sangre
nos ha librado de nuestros pecados,
al que ha hecho de nosotros un reino,
sacerdotes al servicio de Dios su Padre,
¡a él sea la gloria y el poder
por los siglos de los siglos! Amén.
¡Miren que viene en las nubes!
Y todos lo verán con sus propios ojos,
incluso quienes lo traspasaron;
y por él harán lamentación
todos los pueblos de la tierra.

¡Así será! Amén.

«Yo soy el Alfa y la Omega —dice el Señor Dios—, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.»

Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en unión con Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. En el día del Señor vino sobre mí el Espíritu, y oí detrás de mí una voz fuerte, como de trompeta, que decía: «Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete iglesias: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea.»

Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y, al volverme, vi siete candelabros de oro. En medio de los candelabros estaba alguien «semejante al Hijo del hombre», vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies y ceñido con una banda de oro a la altura del pecho. Su cabellera lucía blanca como la lana, como la nieve; y sus ojos resplandecían como llama de fuego. Sus pies parecían bronce al rojo vivo en un horno, y su voz era tan fuerte como el estruendo de una catarata. En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de dos filos. Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor.

Al verlo, caí a sus pies como muerto; pero él, poniendo su mano derecha sobre mí, me dijo: «No tengas miedo. Yo soy el Primero y el Último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno.

»Escribe, pues, lo que has visto, lo que sucede ahora y lo que sucederá después. Ésta es la explicación del misterio de las siete estrellas que viste en mi mano derecha, y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias.

»Escribe al ángel de la iglesia de Éfeso:

Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y se pasea en medio de los siete candelabros de oro: Conozco tus obras, tu duro trabajo y tu perseverancia. Sé que no puedes soportar a los malvados, y que has puesto a prueba a los que dicen ser apóstoles pero no lo son; y has descubierto que son falsos. Has perseverado y sufrido por mi nombre, sin desanimarte.

Sin embargo, tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor. ¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio. Si no te arrepientes, iré y quitaré de su lugar tu candelabro. Pero tienes a tu favor que aborreces las prácticas de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.

El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que salga vencedor le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios.

»Escribe al ángel de la iglesia de Esmirna:

Esto dice el Primero y el Último, el que murió y volvió a vivir: Conozco tus sufrimientos y tu pobreza. ¡Sin embargo, eres rico! Sé cómo te calumnian los que dicen ser judíos pero que, en realidad, no son más que una sinagoga de Satanás. No tengas miedo de lo que estás por sufrir. Te advierto que a algunos de ustedes el diablo los meterá en la cárcel para ponerlos a prueba, y sufrirán persecución durante diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.

El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que salga vencedor no sufrirá daño alguno de la segunda muerte.

»Escribe al ángel de la iglesia de Pérgamo:

Esto dice el que tiene la aguda espada de dos filos: Sé dónde vives: allí donde Satanás tiene su trono. Sin embargo, sigues fiel a mi nombre. No renegaste de tu fe en mí, ni siquiera en los días en que Antipas, mi testigo fiel, sufrió la muerte en esa ciudad donde vive Satanás.

No obstante, tengo unas cuantas cosas en tu contra: que toleras ahí a los que se aferran a la doctrina de Balán, el que enseñó a Balac a poner tropiezos a los israelitas, incitándolos a comer alimentos sacrificados a los ídolos y a cometer inmoralidades sexuales. Toleras así mismo a los que sostienen la doctrina de los nicolaítas. Por lo tanto, ¡arrepíentete! De otra manera, iré pronto a ti para pelear contra ellos con la espada que sale de mi boca.

El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que salga vencedor le daré del maná escondido, y le daré también una piedrecita blanca en la que está escrito un nombre nuevo que sólo conoce el que lo recibe.

»Escribe al ángel de la iglesia de Tiatira:

Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene ojos que resplandecen como llamas de fuego y pies que parecen bronce al rojo vivo: Conozco tus obras, tu amor y tu fe, tu servicio y tu perseverancia, y sé que tus últimas obras son más abundantes que las primeras.

Sin embargo, tengo en tu contra que toleras a Jezabel, esa mujer que dice ser profetisa. Con su enseñanza engaña a mis siervos, pues los induce a cometer inmoralidades sexuales y a comer alimentos sacrificados a los ídolos. Le he dado tiempo para que se arrepienta de su inmoralidad, pero no quiere hacerlo. Por eso la

voy a postrar en un lecho de dolor, y a los que cometen adulterio con ella los haré sufrir terriblemente, a menos que se arrepientan de lo que aprendieron de ella. A los hijos de esa mujer los heriré de muerte. Así sabrán todas las iglesias que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y a cada uno de ustedes lo trataré de acuerdo con sus obras. Ahora, al resto de los que están en Tiatira, es decir, a ustedes que no siguen esa enseñanza ni han aprendido los mal llamados “profundos secretos de Satanás”, les digo que ya no les impondré ninguna otra carga. Eso sí, retengan con firmeza lo que ya tienen, hasta que yo venga.

Al que salga vencedor y cumpla mi voluntad hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones —así como yo la he recibido de mi Padre— y

“él las gobernará con puño de hierro;
las hará pedazos como a vasijas de barro”.

También le daré la estrella de la mañana. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

»Escribe al ángel de la iglesia de Sardis:

Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: Conozco tus obras; tienes fama de estar vivo, pero en realidad estás muerto. ¡Despierta! Reaviva lo que aún es rescatable, pues no he encontrado que tus obras sean perfectas delante de mi Dios. Así que recuerda lo que has recibido y oído; obedécelo y arrepiéntete. Si no te mantienes despierto, cuando menos lo esperes caeré sobre ti como un ladrón.

Sin embargo, tienes en Sardis a unos cuantos que no se han manchado la ropa. Ellos, por ser dignos, andarán conmigo vestidos de blanco. El que salga vencedor se vestirá de blanco. Jamás borraré su nombre del libro de la vida, sino que reconoceré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

»Escribe al ángel de la iglesia de Filadelfia:

Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir: Conozco tus obras. Mira que delante de ti he dejado abierta una puerta que nadie puede cerrar. Ya sé que tus fuerzas son pocas, pero has obedecido mi palabra y no has renegado de mi nombre. Voy a hacer que los de la sinagoga de Satanás, que dicen ser judíos pero que en realidad mienten, vayan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. Ya que has guardado mi mandato de ser constante, yo por mi parte te guardaré de la hora de tentación, que vendrá sobre el mundo entero para poner a prueba a los que viven en la tierra.

Vengo pronto. Aférrate a lo que tienes, para que nadie te quite la corona. Al que salga vencedor lo haré columna del templo de mi Dios, y ya no saldrá jamás de allí. Sobre él grabaré el nombre de mi Dios y el nombre de la nueva Jerusalén, ciudad de mi Dios, la que baja del cielo de parte de mi Dios; y también grabaré sobre él mi nombre nuevo. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

»Escribe al ángel de la iglesia de Laodicea:

Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el soberano de la creación de Dios: Conozco tus obras; sé que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras lo uno o lo otro! Por tanto, como no eres ni frío ni caliente, sino tibio, estoy por vomitarte de mi boca. Dices: “Soy rico; me he enriquecido y no me hace falta nada”; pero no te das cuenta de que el infeliz y miserable, el pobre, ciego y desnudo eres tú. Por eso te aconsejo que de mí compres oro refinado por el fuego, para que te hagas rico; ropas blancas para que te vistas y cubras tu vergonzosa desnudez; y colirio para que te lo pongas en los ojos y recobres la vista.

Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Por lo tanto, sé fervoroso y arrepíentete. Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo.

Al que salga vencedor le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.»

Después de esto miré, y allí en el cielo había una puerta abierta. Y la voz que me había hablado antes con sonido como de trompeta me dijo: «Sube acá: voy a mostrarte lo que tiene que suceder después de esto.» Al instante vino sobre mí el Espíritu y vi un trono en el cielo, y a alguien sentado en el trono. El que estaba sentado tenía un aspecto semejante a una piedra de jaspe y de cornalina. Alrededor del trono había un arco iris que se asemejaba a una esmeralda. Rodeaban al trono otros veinticuatro tronos, en los que estaban sentados veinticuatro ancianos vestidos de blanco y con una corona de oro en la cabeza. Del trono salían relámpagos, estruendos y truenos. Delante del trono ardían siete antorchas de fuego, que son los siete espíritus de Dios, y había algo parecido a un mar de vidrio, como de cristal transparente.

En el centro, alrededor del trono, había cuatro seres vivientes cubiertos de ojos por delante y por detrás. El primero de los seres vivientes era semejante a un león; el segundo, a un toro; el tercero tenía rostro como de hombre; el cuarto era semejante a un águila en vuelo. Cada uno de ellos